familia y los amigos de ella obran de manera que en el trascurso de unas cuantas horas el nuevo Caton, faltando á su compromiso matrimonial, enamora á la novia de su discípulo y amigo; provocado por este, se bate en duelo, y para disimular el desafío se va en seguida á pasar la noche en un garito donde pierde el dinero propio y hasta el ageno. Los remordimientos que le asaltan y las complicaciones y dificultades en que se halla de pronto envuelto á consecuencia de la irregularidad de su conducta, le hacen exclamar:

«Cuánto cuesta el enmendar
Un error! Si se supiera,
Mas fácil mil veces fuera
Obrar bien que no faltar.»

El alcalde, que toma parte en la intriga, se lleva á la cárcel á Cárlos con motivo del duelo, fingiendo no haber podido averiguar quién fué el adversario para echarle garra tambien. Va á declararse D, Severo; mas Cárlos le hace ver que con ello nada se remediaria, y que comprometeria aun mas á la supuesta Flora (Tomasa) á quien dice despues Severo:

«Temo mi opinion perdida
Y el grito de una ofendida

Conciencia; temo tambien
El merecido desden
Del anciano Don Fermin,
Y temo á todos, que, en fin,
Teme bien quien no obra bien.»

En medio de sus dudas y perplejidades, la criada Colasa, entrometida y habladora, le propone que se quite la máscara. "Don Fermin, le dice, ha escogido á vd. para yerno creyéndole perfecto. Aparezca vd. á sus ojos tal cual es, con los desbarros y lacras de su infidelidad á Doña Tomasa, del desafío, del juego, etc., y el viejo le dejará libre de todo compromiso y podrá vd. seguir su inclinacion casándose con Flora y siendo feliz." No le parece del todo malo el consejo; pero no se resuelve á ponerle en práctica. En estas llega Don Fermin pidiéndole explicacion de los misterios y enredos que dice no comprender: el hombre se turba, Colasa despeja la incógnita y Don Severo confirma la verdad de cuanto refiere la criada. Pero, en vez del desenlace esperado y provocado, hé aquí que el viejo exclama loco de gusto:

"Un yerno amable, sensible
Y enamorado en extremo:
Un yerno pundonoroso

Y nada cobarde; un yerno
Amigo de diversiones,
De trasnoches y de juegos!
¡Qué hallazgo! Yo que esperaba,
Teniendo un yerno perfecto,
Ser mártir de su virtud,
Hallarme uno de quien puedo
Murmurar; quien sabrá darme
A cada instante pretextos
Para reñirle y quejarme
A los vecinos y deudos!"

Corre Don Fermin en busca del notario y del cura, y Don Severo entra en nuevas congojas pensando que tiene que casarse con Tomasa perdiendo á Flora. A mayor abundamiento, el alcalde, seguido de corchetes, viene á preguntarle si ha sido el adversario de Cárlos en el desafío, y al oir su respuesta afirmativa, se dispone á prenderle, Pero aparecen el mismo Cárlos, Tomasa y Don Fermin, y se aclara y desenlaza la intriga, dando la novia á conocer al pretendiente el ardid con él empleado á fin de hacerle razonable é indulgente con todos, y uniéndose entrambos en paz y en gracia de Dios.

El carácter del protagonista ha sido perfectamente ideado y sostenido: la exposicion, que ocupa todo el primer acto, es algo lenta y difusa; los diálogos, en general, son vivos y abundantes en chistes y sentencias; no hay redundancia de personajes ni de situaciones en el curso de la accion, y al fin moral se resume en unos cuantos versos. Don Fermin dice al yerno:

"No olvides esta leccion,
Que siempre los buenos son
A perdonar los primeros."

Y el yerno exclama, al terminar la comedia:

"Y pues por distintos modos
Todos, D. Fermin, lo erramos,
Bueno será que pidamos
Indulgencia para todos."

"Las Costumbres de Antaño" es un juguete preciosísimo, que por su naturalidad, fluidez y chiste, parece escrito de una sentada y representar el verdadero género de Gorostiza. Puesta en escena por primera vez esta pieza en una fiesta de corte, con motivo del casamiento de Fernando VII, contenia alusiones y giros suprimidos en su refundicion, que la hizo ganar en opinion de los

inteligentes. Demuestra á los que suspiran por el modo de vivir en la Edad Media, lo absurdo y molesto que nos seria la resureccion de tales costumbres, contrapuestas en todos sus inconvenientes á las ventajas y comodidades de la civilizacion.

Un D. Pedro, antiguo vecino de Chinchon abriga la mania de echar ménos todo lo añejo, Dos sobrinos suyos que con él viven, Félix é Isabel, primos hermanos entre sí y que deben casarse, lamentan los caprichos del tio, que los hace levantarse al amanecer, acostarse con el sol, leer únicamente crónicas viejas y vestirse á la antigua usanza; amen de que habiendo el mismo D. Pedro determinado la boda de los tales sobrinos, la retarda con el pretexto de que no se aman con el ardor de los Wambas Mencías. Ellos por vía de ensayo, aprovechando el paso de unos cómicos de la legua y la cuotidiana siesta del viejo, que es de tres horas, van á ver si le curan con presentarle á lo vivo.

"Todo lo que el siglo trece
Tenia de mas amable."

Al efecto, adornan la sala con unos tapices que les ha prestado el sacristan, así como con

muebles antiquísimos en que figuran la noble cornucopia y el venerable sitial. Una vez que se despierta D. Pedro y comienza á llamar á sus sobrinos, apagan la luz y se retiran; sale aquel de su alcoba, admirando que sea ya de noche y no le hayan hecho recordar: tropieza con el sitial que, á poco mas, le rompe los huesos; se lamenta del mal servicio de sus criados y dice que algo daria por tener un buen escudero de los antiguos. Sálele al paso uno de estos, en su traje propio, preguntándole "si fizo su merced luenga siesta." Admirado el anciano ante su aspecto, habla y modales, y con la solemne antigüedad de los muebles, se pregunta si aún duerme y se halla bajo el influjo de alguna pesadilla. El escudero colige de sus exclamaciones que "está asaz doliente y sin seso;" le hace saber que él, D. Pedro, es de linaje de los Perez de Hita, de abolorio esclarecido y copero mayor del rey: le anuncia que ha prevenido ya al doctor, y que este, con su física, pronto, le curará; en seguida llama á los pajes para que traigan la ropa del señor, que se conpone de calzas coloradas, gregüescos amarillos, coleto y ropilla de belarte. Resístese D. Pedro á que le vistan semejantes desfiguros; mas el escudero le amenaza con tratarle como á demente, y cede entónces y déjase vestir, sentándose para ello y lamentando la dureza del sitial de alcornoque y sus-

pirando por las poltronas modernas, así como por las cómodas calcetas y los desahogados calzoncillos al sentir que los pajes le lian y atan las piernas como si fueran cohetes. Queriendo convencerse de que aún duerme y de que tiene que despertar, se resigna del todo con su aventura y pide chocolate; pero todavía no ha nacido Colon, que debe descubrir la tierra del cacao, y solamente le traen pan y vino, demasiado tinto este, y en vasija descomunal. Llega á la sazon el médico recitando aforismos y le manda beber agua clara y aparejarse para que le dén catorce sangrías. El sobrino D. Felix, disfrazado de señor de Valdecorneja, y allí presente, despide ásperamente al doctor y excita al enfermo á que se deje de emplastos y sinapismos y procure solazarse el ánimo; pero resulta que el anciano no sabe danzar, ni jugar cañas, ni correr liebres, ni cabalgar, únicos placeres de la nobleza. El de Valdecorneja le convida á los torneos de Flandes, con motivo del casamiento del conde; pero al oir D. Pedro que en tales fiestas se alancean las gentes sin piedad, opta por teatros, paseos y visitas, y por ver toros desde el tablado. Interrumpe esta escena Doña Isabel su sobrina, disfrazada, á su turno, de doncella dolorida, que acude ante el noble solicitando su amparo á fin de maridarse, y pidiéndole que dé muerte á su tirano; á todo lo cual se

niega aquel, aconsejándole que para lo primero acuda á la vicaría y para lo segundo á la justicia.

¡La justicia! No la hay allí en el siglo décimo quinto: cautivo el rey en Tordecillas, el reino es presa de facciones desatentadas, y, en consecuencia, cada quien remite á su propia espada el castigo de sus agravios. El Sr. de Valdecorneja excita, por lo mismo, á D. Pedro á apechugar con la demanda de aquella cuitada, y como él se resiste nuevamente, le desafía á causa del desaire, arrojándole el guante. La disyuntiva es terrible para el admirador de lo antiguo: si atiende á la dama y mata á su tirano, se expone á que le acogote el verdugo; y si no obra así, tiene que batirse con el presente caballero, que le trinchará, de lo lindo.

Viendo, pues, que su destino es morir de una ú otra manera, pretende morir con mas descanso, tendiéndose en el suelo y enviando al escudero á llamar á un padre agonizante para que le auxilie.

A este punto las cosas, llega un paje convocando á todos los hidalgos á tomar parte en la lid empañada entre el rey y los nobles. He aquí un diálogo á que da lugar tal incidente:

DON FELIX. Acorramos á las armas.
ESCUDERO. Voy por las de mi señor;
Seguidme, el paje.

PAJE. ya sigo.
DOÑA INES. ¡Oh que sin ventura soy!
Ca dónde, si hora vos matan,
Hallaré desfacedor
De mi entuerto?
DON PEDRO. En la botica
Por tres reales de bellon.
DON FELIX. ¿E á qué lado vos inclina,
Señor Perez, vuestro ardor?
DON PEDRO. A ninguno.
DON FELIX. Ello es preciso
Seguir uno de los dos.
DON PEDRO Pues adonde haya mas gente
Allí me arrimaré yo
Entónces; porque á los muchos
Siempre los ayuda Dios.

La situacion se agrava, porque, ademas de la guerra intestina, hay invasion de moros capitaneados por Almanzor. ¿A qué se deberá atender primero? Don Félix resuelve que irán á lidiar en Olmedo al amanecer y que darán en seguida sobre el moro. Revisten á D. Pedro de celada, peto y escudo y le presentan una lanza del tamaño de la de Longinos, no puede con tales adminículos dar paso, y declara que allí se quedará si no cargan con él á cuestas. Al llevársele así los criados, exclama:

"Dios mio, dadme valor:
Que si en ogaño me miro,
No quiero otro antaño, no.»

Perplejos se hallaban á la sazon los sobrinos, no sabiendo cómo desenlazarian aquel enredo sin que el tio se enojara de tan pesada burla, cuando al ser llevado por el jardin y encontrarse con una turba de supuestos moros que penetraban en son de guerra, se desmayó, facilitando así el fin de la comedia, que se redujo á ponerle en su poltrona y á dejarle, al recobrar el sentido, en la creencia de que fué sueño cuanto le pasó. Entre tanto, quitaron de allí tapices, sitiales y cornucopia, repusieron los antiguos muebles y cambiaron de traje los sobrinos. Al volver en sí Don Pedro cree estar sumido en alguna mazmorra; pero el conocido aspecto de su casa y las palabras de sus gentes le tranquilizan y confirman en la idea de que ha dormido una siesta muy larga. ¡Con qué delicia saborea el chocolate! ¡Con qué indignacion rechaza á Don Félix que se le acerca trayendo un infólio para consultarle varios pasajes de añejas crónicas! ¡Cómo se apresura á disponer que al siguiente dia se case el mismo Don Félix con Ines, cuando esta le propone retardar la boda otros veinte años por haberse persuadido de que su novio no

la ama como amaron los Rodrigos; Macías y Abelardos, y estar resuelta á seguir cuidando á su tio y dándole gusto en la adopcion de todo lo antiguo; y de consiguiente, á trasformar la casa en alcázar con torres, fosos, rastrillos, fuentes y enanos, comer salpicon y tasajo y beber hipocrás! Ordena Don Pedro que llamen al escribano y avisen al cura, y sigue diciendo:

".....Lo mando,
Sí, señor, como tambien
Que nadie me hable de cambios,
Alcázares ni rastrillos,
Tasajos ni bebistrajos.
Vivamos como en Chinchon
Se vive, y no nos metamos
En dibujos."

Me he detenido mas al dar idea de esta pieza, porque generalmente ha sido poco apreciada, cuando en mi concepto, repito, es la que mejor demuestra el génio cómico de Gorostiza. Por lo demas, si "Indulgencia para todos," por su estructura y su fin moral elevado, nos recuerda "La Verdad sospechosa" de nuestro compatriota Ruiz de Alarcon; y si "Las costumbres de antaño," por su naturalidad, intriga, sátira y chiste, y hasta

por la fluidez y facilidad de su versificacion pudiera figuar entre las comedias de Breton de los Herreros, la intitulada "Contigo pan y cebolla," de que voy á ocuparme, reune á un fin moral como el de la primera, la gracia y el chiste de la segunda, y es, probablemente, la mejor de las tres y una de las mejores de todo el teatro moderno.

Ridiculeces engendradas en la exaltacion de ideas y sentimientos por el romanticismo, prestaron asunto á esta comedia. En nuestros dias, el becerro de oro tiene muchos adoradores en el bello sexo; pero en los dias de "Contigo pan y cebolla," para las jovencitas que tomaban vinagre y olian paja quemada á fin de estar pálidas, y que se creian predestinadas á aciaga suerte, no pocas veces importaba un grave inconveniente el que los novios fuesen ricos, por no parecerlas posible ó poética la alianza de un amor ardiente y sincero con las comodidades materiales de la vida. Por otra parte, un novio honrado y cuerdo, consentido y patrocinado de los padres de la jóven, y que sin alborotos ni escándalos la llevaba ante el cura, tenia tambien mucho de insípido y prosáico. Los obstáculos y las contrariedades, la oposicion y maldicion paternas, el rapto, el remordimiento, el veneno, las lágrimas, la miseria, el amor en una cabaña, solian aparecer en espectativa formando, para la gente de buen tono, inspirada con la lec-

tura de las producciones literarias en boga, la parte mágica y tentadora del drama de la vida, como si sus tristes realidades y la humana condicion de suyo no fueran ya carga suficientemente pesada para nuestros hombros.

Tal es el caso de Matilde, hija única y mimada de D. Pedro de Lara, hombre de buen sentido y de bondadoso corazon y que disfruta de comodidades en su casa y del aprecio de la sociedad. Preténdela Eduardo, jóven de iguales prendas que el suegro, y ademas rico: es correspondido de Matilde, cuya enfermiza imaginacion, apacentada con la lectura de novelas, se figura que tan luego como conozca la mútua inclinacion su padre, montará en cólera cerrando al pretendiente sus puertas y haciendo comenzar para los novios el consabido martirio. Al reves, naturalmente pasan las cosas. Don Pedro acoge hasta con júbilo la propuesta matrimonial de Eduardo, aunque dejando á su hija en libertad de aceptarla ó rechazarla; y al ver ella tal facilidad y al saber que el jóven es de ilustre cuna, rico, mayorazgo, y que ha de heredar un título de alguacil mayor, se resfria, y aplaza su resolucion, diciendo para sus adentros: "¡Mujer de un alguacil mayor! ¡No faltaba mas!"

Perplejos y atónitos quedan los presuntos suegro y yerno con semejante desenlace á que, de

pronto, no hallan remedio; pero á poco recibe el primero carta del segundo en que le suplica que cuando se presente en su casa, lo cual hará de allí á una hora, se niegue bruscamente á admitirle y diga en contra suya cuanto malo se le venga á la boca. Como un gran favor pide esto el desdichado pretendiente, ofreciendo comunicar á Don Pedro su plan luego que puedan hablarse á solas, Duda Don Pedro si Eduardo se ha vuelto loco. cuando llega este á la casa solicitando verle; y el viejo, tras algunas vacilaciones, le envia á decir con el criado Bruno que no quiere recibirle. Entónces Eduardo obtiene del mismo criado que pase recado á Matilde, quien igualmente se niega á verle. Escríbela allí mismo el jóven cuatro palabras, diciéndola que únicamente solicita despedirse de ella ántes de que los separen el «Oceano ó la Eternidad;» y al leer tales renglones viene á la sala Matilde, y sabedora de que su amante, desesperado con sus desdenes y convertido en pobre, por haberle desheredado su tio que se empeñaba en casarle con una condesa, se marcha á vivir como un hermitaño en la Isla de Francia, patria de Pablo y Virginia, ablándase por completo y le vuelve todo su cariño. A lo mejor de la entrevista sale Don Pedro y, por indicaciones mudas de Eduardo, finje enojarse de la presencia de este en su casa, toma de un brazo á su hija y se la lleva á